

**Héctor Garza***Southern Utah University*

## La Pirámide

El capitán inclinó un poco el rostro para leer el estado de la navegación y verificar que todo marchara según lo previsto. Luego miró a su copiloto. Este, tenía una expresión de remota melancolía. Los viajes espaciales siempre lo hacían ponerse así, a veces emocionado y a veces taciturno, pero siempre con el más grande optimismo de quien surca el espacio.

—¿Piensa en su familia?—, preguntó el capitán para retomar la conversación.

—En todo—respondió el copiloto.

El capitán dejó de prestar atención a su compañero para pensar en su familia. En ese momento, sus hijos estarían en la escuela, jugando en el patio o tomando clases de lenguaje, de ciencias o de historia. Él, en cambio, viajaba en una frágil cápsula a través de la galaxia para llevar un mensaje de paz. Una voz que anunciaba la proximidad con el planeta que estaban a punto de explorar interrumpió los pensamientos del capitán. En unos cuantos instantes estarían dentro de la órbita del enigmático planeta. Era poco lo que se sabía acerca de ese lugar. Había vida inteligente y una extraña complejidad de especies de las más diversas formas. Lo mismo que se había encontrado en los anteriores planetas explorados. Pese a la escasez de datos, el capitán estaba confiado. Había cursado exhaustivos estudios de ciencias exactas y ciencias sociales. Poseía amplios conocimientos de biología, además de historia universal. Su copiloto era un joven aprendiz asignado a esa expedición como parte de su formación escolar. Estaba lleno de curiosidad.

—¿Dónde está el regalo?—, preguntó.

—Lo puse en la caja de seguridad—, replicó el capitán—es preciso mantenerlo en el sitio más seguro de la nave.

El capitán tocó una de las paredes de la nave e instantáneamente se escuchó una voz que decía: “permiso concedido”. Enseguida, se abrió una pequeña compuerta, arriba de la cual estaba una caja transparente. En el interior había una pirámide de tamaño regular, idónea para colocarse en una mesa. El material del cual estaba hecha la hacía lucir como si fuera una masa de gas de color tornasol. Los matices de la pirámide cambiaban constantemente, según el ángulo desde el cual se miraban.

## A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

—¿Logra ver algo?—, inquirió el capitán, sonriendo como un niño cuando sale de la escuela, con los ojos clavados en la pirámide.

—¡Claro!—, contestó el copiloto—veo a mi madre, y me dice que está bien y que me espera. Manda saludos.

—Yo veo a mis hijos—, murmuró el capitán.

—¿Usted cree que les guste?—, se cuestionó el copiloto.

Cuando los viajeros restablecieron su conversación la pirámide asumió un color uniforme y claro. Su transparencia y brillo desaparecieron. El capitán volvió a tocar la pared y la pirámide quedó oculta nuevamente como si nunca hubiera estado allí. Ninguno de los dos se podía imaginar la reacción de los habitantes de aquel planeta. Evidentemente, podían esperar asombro, sorpresa y cautela. Ése era, al menos, el comportamiento estándar de los seres inteligentes con los que se había tratado anteriormente. En cosa de nada volvió a escucharse la misma voz que anunciaba que la nave había entrado en la órbita del planeta. Dentro de la nave se sintió un leve estremecimiento. El capitán hizo los preparativos para penetrar en la atmósfera. Tocó algunas secciones del tablero de mando, y al poco rato los dos tripulantes se comenzaron a maravillar con las bellezas que descubrieron.

Era un planeta hermoso. El capitán difícilmente pudo creer en las bellezas que estaba contemplando. Lo comparó con su propio planeta, pero en esta ocasión debió admitir que éste era mucho más hermoso. La luz lo invadía todo, y por más específicos que fueran los libros que había leído al respecto, no eran nada comparados con la magnificencia que se le aparecía.

—No cabe duda de que hemos llegado al paraíso—, insinuó el capitán guiñando un ojo al copiloto—aquí debe vivir Dios—, añadió.

—Ahora no me cabe la menor duda de que vamos a tener un magnífico encuentro—, comentó optimista el copiloto—los habitantes de este planeta deben ser permanentemente felices.

La misma voz que se había escuchado antes comentó: “presencia de naves extrañas”. El capitán tuvo un mal presentimiento. El optimismo inicial pareció desvanecerse. “Proyectil altamente explosivo”, comentó de nuevo la voz. Los dos comprendieron que se habían convertido en el objetivo de un ataque sistemático. Tuvieron que hacer esfuerzos extraordinarios cada vez que la nave cambiaba el curso para evitar los proyectiles. Al fin, el capitán tomó la decisión de descender, tocar tierra firme y mostrar el regalo de buena voluntad que habían llevado.

No tuvo tiempo para decidir el lugar exacto de su aterrizaje, de modo que aceptó la decisión que tomó el control maestro de la nave. Llegaron a un lugar que se encontraba en la mitad de un extraño conjunto de vías por las que transitaban pequeños vehículos. El copiloto supo que algo andaba mal al ver todo aquello. Era tal la velocidad con la que transitaban los vehículos, que creyó que quienes los tripulaban iban huyendo, desesperados. Pronto llegó la comitiva de bienvenida. Al ver a sus anfitriones, una horda en actitud cautelosa ante los desconocidos visitantes, el capitán tuvo un momento de sosiego. Pensó que su pesadilla había terminado. Antes de abrir la portezuela, tocó de nuevo la pared de la nave, sustrajo la pirámide y la colocó en el tablero de mando. Los dos se alistaron para salir al exterior. El capitán llevaba la pirámide en una caja transparente. El copiloto tocó la pared y la portezuela se abrió. Afuera los esperaba una muchedumbre agazapada detrás de extraños vehículos de color verde. Los seres que allí estaban también vestían de verde y les apuntaban con sus armas con insistencia. Abrieron fuego tras escuchar una voz que así se lo ordenaba. El capitán y su copiloto cayeron fulminados.

—¿Qué hacemos con los cuerpos, teniente Harris? —, preguntó uno de ellos.

—Déjenlos donde están—, ordenó el teniente—estoy esperando recibir órdenes del Pentágono.